

Señores, hay entre dos servidores de la humanidad que han aparecido con diez y ocho siglos de intervalo, una misteriosa relación.

Combatir el fariseísmo, desenmascarar la impostura, sepultar las tiranías, las usurpaciones, destruir los templos, sustituyendo lo falso por lo verdadero, atacar a la magistratura feroz, al sacerdocio sanguinario; tomar un látigo y expulsar a los mercaderes del santuario; reclamar la herencia de los desheredados; proteger a los débiles, los pobres, los enfermos; luchar por los oprimidos y por los perseguidos, es la guerra de Jesucristo. ¿Y cuál es el hombre que hace esta guerra? Es Voltaire. (*Bravos.*)

La obra evangélica tiene por complemento la obra filosófica. El espíritu de mansedumbre la ha comenzado, el espíritu de tolerancia la ha proseguido; digámoslo con un sentimiento de profundo respeto:

Jesús ha llorado, Voltaire ha sonreído, y de aquella lágrima divina y de esta sonrisa humana, se ha hecho la dulzura de la civilización actual. (*Aplausos prolongados.*)

Jamás ningún sabio intentará quebrantar estos dos augustos puntos de apoyo de la labor social, la justicia y la esperanza; y todos respetarán al juez si encauza a la justicia; y todos venerarán al sacerdote si representa la esperanza. Pero si la magistratura se llama la tortura, si la Iglesia se llama Inquisición, entonces la humanidad las mira de frente y dice al juez: «¡Yo no quiero tu ley!»; y dice al sacerdote: «¡Yo no quiero tu dogma; y no quiero tu verdugo en la tierra y tu infierno en el cielo!» (*Viva sensación; aplausos.*)

Y entonces la filosofía se presenta acusadora y de-

nuncia el juez a la justicia, y denuncia el cura a Dios. (*Aplausos prolongados.*)

Esto es lo que ha hecho Voltaire. Por esto es grande. Lo que ha sido Voltaire, ya lo he dicho; voy a decir lo que ha sido su siglo.

Señores: Los grandes hombres raramente vienen solos. Los grandes árboles parecen más grandes cuando dominan un bosque; el bosque que rodea a Voltaire es el siglo XVIII. Entre los grandes hombres de este siglo hay dos más altos que Montesquieu, Buffon, Beaumarchais, menos grandes que Voltaire, Rousseau y Diderot; estos pensadores han enseñado a los hombres a razonar: la justicia en la inteligencia viene a ser la justicia en el corazón. Estos obreros del progreso han trabajado bien. Buffon fundó el naturalismo; Beaumarchais una comedia ya conocida, casi la comedia social; Montesquieu ha profundizado tanto en las leyes, que ha exhumado de entre sus hojas el derecho; Diderot ha creado la «Enciclopedia»; Rousseau, escritor elocuente y político, profundo soñador, ha adivinado muchas veces la verdad política. En Rousseau vibra la fe cívica; lo que vibra en Voltaire es la fibra universal. Así puede decirse que en este fecundo siglo XVIII, Rousseau representa al pueblo; Voltaire, más vasto aún, representa al hombre. Estos poderosos escritores han desaparecido, pero nos han dejado su alma: la Revolución. (*Aplausos.*)

¡Sí; la Revolución francesa es su alma. En esa transparencia que es propia de las revoluciones, y que a



La justicia en la inteligencia viene a ser la justicia en el corazón.